

la India, atravesaba inmensos desiertos, perdía en ellos su nombre, y cuando, al fin, llegaba á Etiopía tomaba el de Nilo (1). Habiendo llegado los Macedonios á las orillas del Ganges se negaron á ir más adelante; quejáronse de que Alejandro los conducía fuera del mundo: se los llevaba lejos de la luz del sol y de las estrellas, y se les obligaba á ir á lugares que los dioses han hecho inaccesibles á los hombres. Aun cuando hubieran vencido á nuevos enemigos, ¿qué ventaja habian de reportar más que nieblas, tinieblas, una noche eterna que cubre la faz de los abismos, un mar lleno de monstruos horribles y aguas corrompidas, en las cuales la naturaleza, cerca de su fin, aparecía como en el último trance de la vida? Alejandro mismo creía «que vería cosas que no eran conocidas más que de los dioses inmortales» (2). Sus guerras fueron, en efecto, una expedición de exploración; descubrió la India más bien que la conquistó. La expedición de Alejandro produjo una verdadera revolución en las relaciones comerciales (3). Si los atrevidos navegantes que descubrieron un nuevo mundo al principio de la edad moderna son celebrados por la historia, ¿por qué no conceder estas mismas alabanzas á los conquistadores que llenaron la misma misión?

Alejandro no se limitó á descubrir un nuevo mundo; extendió en él á manos llenas la civilización griega, y esta es su más bella gloria. Hemos condenado la idea de la unidad absoluta, material en cierto modo, que es el vicio radical de toda tentativa de monarquía universal. Pero hay una unidad moral que no excluye la diversidad, como la infinita variedad que reina en la creación no impide que haya siempre unidad en los designios del Creador. Hacia esta unidad es hacia la que camina el género humano bajo la mano de Dios. Se establece por las ideas, las creencias, las artes, las letras. Alejandro fué uno de los agentes más enérgicos de esta obra sin fin (4); es el tipo del conquistador ci-

(1) ARRIAN., VI, 1.

(2) Q. CURT., IX, 4. Traducción de Vangelas.

(3) Véase más adelante, libro VI, c. 3.

(4) «Alejandro, dice HUMBOLDT (*Cosmos*, t. II, p. 180, trad. fran.), quería crear la unidad del mundo bajo la influencia civilizadora del helenismo.»—LASSEN (*Ind. Alterth.*, t. II, p. 117) emite el mismo juicio acerca de la misión del gran conquistador.

vilizador. Oigamos á Plutarco: «Alejandro enseñó á algunos bárbaros á unirse por medio de matrimonio; á otros les enseñó la agricultura; persuadió á los Escitas á alimentar á sus padres en lugar de comérselos, á los Persas á venerar á sus madres en vez de casarse con ellas» (1). Edificó más de setenta ciudades en medio de naciones bárbaras (2). Comunicó las artes y las ciencias de la Grecia á los pueblos conquistados. El Asia conoció á Homero, los hijos de los Persas cantaron las tragedias de Eurípides y de Sófocles. Mas de siete siglos después de la era cristiana los Arabes encontraron vestigios de la cultura griega en las más remotas regiones del Oriente.

No diremos con Montesquieu que los beneficios de la conquista la legitimasen. Así como un hombre no puede despojar á su semejante, ni aún para hacerle un gran bien, tampoco los conquistadores pueden llevar la guerra á los pueblos bárbaros, ni aún con el fin de civilizarlos. Los beneficios que resultan de la conquista son más bien generalmente la obra de Dios que la de los hombres, porque los guerreros no miran más que á su ambición. Aun cuando se encuentren héroes que, como Alejandro, tienen conciencia de su misión civilizadora, esto no quiere decir que la conquista sea un derecho. Solamente la ley moral decide de la justicia ó de la injusticia. Alejandro estaba en su derecho continuando la guerra nacional de los Griegos contra los Persas, porque los Bárbaros habian sido los agresores; la Grecia defendía su libertad juntamente con su civilización. Pero para seguir siendo justa no debió traspasar la guerra los límites de la Persia. ¿Con qué derecho atacó Alejandro á los Tirios y á los Indios? Ha habido, pues, en la conquista del héroe macedonio un elemento de violencia y de fuerza bruta. Uniremos nuestra voz á la protesta instintiva que la humanidad ha dejado oír contra aquél á quien, sin embargo, honra con el título de grande. ¿No es este el sentido de la célebre respuesta del pirata á Alejandro? (3). Bajo el punto de vista del de-

(1) PLUTARCH., *De Alex. Fort.*, I, 5.

(2) «Alejandro, en la fogosa edad de los placeres y en la embriaguez de las conquistas, ha construido más ciudades que las que han destruido los demás vencedores del Asia.» VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Alejandro*.

(3) Alejandro le preguntaba qué mal genio le llevaba á infestar las mares. «El

recho los conquistadores no son más que bandoleros. La poesía ha recogido este grito escapado á la conciencia humana :

«En las lejanas Indias llegó Alejandro el Grande á un rio del Paraíso. Bebió sus frescas aguas. Le reanimaron ; se bañó en ellas, y pareció como rejuvenecido. Despues siguió el curso del rio á traves de largos desiertos, y llegó á la puerta del Paraíso. Abrieme, dijo, porque soy el vencedor del mundo, el rey de la tierra. Pero obtuvo esta respuesta : Estás manchado de sangre, retírate. Esta es la puerta santa, por la cual sólo entran los justos» (1).

SECCION III.

LOS SUCEORES DE ALEJANDRO.

§ I.—Consideraciones generales.

Alejandro predijo al morir á sus compañeros de armas que sus funerales se celebrarían con sangrientos combates (2). Esta predicción es el detalle más verosímil de todos aquellos más ó menos fabulosos que se refieren á la muerte del héroe macedonio. La realidad excedió á sus previsiones. Los generales, no pensando más que en repartirse el grande imperio, olvidaron tributar al vencedor del Oriente los deberes que la piedad prodiga á los más pobres. Durante treinta días permaneció sin sepultura el cuerpo de Alejandro; fué preciso, segun se dice, que un adivino anunciase que la tierra en que reposasen los restos del jóven conquistador sería feliz para siempre. Los pretendientes mostraron en-

mismo, le respondió el corsario, que te envía á tí á devastar el mundo» (CICER., *De Rep.*, III, 12).

(1) HERDER, *Blätter der Vorzeit. Dichtungen aus der morgenländischen Sage.*

(2) Q. CURT., X, 5.—PLUTARCH., *Apophteg. Rég. Alexand.*, núm. 33.

tónces tanto afán en disputarse el cadáver como habian tenido culpable negligencia en abandonarlo (1). Empezó una sangrienta lucha; se cometieron crímenes inauditos, para mantener la monarquía de Alejandro que estaba condenada á perecer, ó para constituir reinos que, apénas formados, iban á ser destruidos. ¿Había, pues, derramado inútilmente tanta sangre?

Los trabajos y los sufrimientos de los hombres tienen siempre un fin. Hemos dicho cuál fué la misión de Alejandro: estaba llamado á propagar la civilización griega en Asia y en África, á preparar por la fusión de las doctrinas de la Grecia y de las religiones del Oriente el advenimiento del Cristianismo. Las largas guerras que siguieron á su muerte, y el establecimiento de nuevas dinastías no interrumpieron esta obra providencial. Los generales de Alejandro, verdaderos Helenos, fundaron su poder sobre la dominación del elemento helénico. Esta tendencia exclusiva era necesaria para dar á la cultura griega tiempo de implantarse en una tierra extranjera. El helenismo domina en los reinos formados de los fragmentos del grande imperio. La Grecia no está ya en Atenas, está en Alejandría, donde la literatura y la filosofía arrojan un último destello; la lengua en que debe predicarse el Evangelio penetra con las armas y el comercio de los Tolomeos en el interior del África. El Asia presenta un maravilloso espectáculo. Numerosas ciudades se elevan como por encanto. Todas llevan nombres tomados de la armoniosa lengua de la Grecia; sus habitantes son en gran parte Griegos; una de ellas se vanagloria de ser la Atenas del Asia (2). Más léjos, en medio de la India se fundan reinos griegos. La civilización helénica se extiende hasta el país de los Escitas.

Los Tolomeos y los Seleucidas no tenían conciencia de la obra á la cual estaban llamados á concurrir, pero trabajaron en ella aunque obrando tan sólo por un interés dinástico. Sus soberanías locales, convertidas en otros tantos centros de la civilización griega, eran bastante más á propósito para propagar las artes, la li-

(1) ABLIAN., XII, 64.

(2) DROYSSEN, *Geschichte des Hellenismus*, t. II, p. 28-34.—Compárese más adelante, libro VI, c. 2, § 3, sobre las colonias de Alejandro y de sus sucesores.

teratura y la filosofía de la Grecia, que una monarquía inmensa que, privada del espíritu vivificador de Alejandro, hubiera sido reducida bien pronto á la inmovilidad de los estados despóticos del Oriente. La disolución de la monarquía macedonia era, pues, providencial. Respondía á los intereses y á las pasiones dominantes. Para los generales de Alejandro la conquista del Oriente era el reparto de los despojos del Gran Rey; cuando la poderosa mano del conquistador no contuvo ya su ambición, se sintieron irresistiblemente impulsados á formar soberanías independientes. No habia en el ejército más unidad que en sus jefes; hacía mucho tiempo que los soldados griegos se habian convertido en mercenarios; los que siguieron la bandera macedonia no pedian más que combates y botín. El espíritu que animaba á los generales y á los soldados explica suficientemente sus sangrientas colisiones. Habia un mundo que repartir; ¿cómo no se habia de excitar la codicia? ¿cómo aquellas bandas de guerreros no habian de venir á las manos para arrancarse la parte más rica de esta magnífica presa? Ciertamente es que la unidad de la monarquía fundada por Alejandro hubiera evitado las guerras que desgarraron á la Europa y al Asia. Pero nadie queria esta unidad. Solamente los Macedonios tenian una profunda veneración hácia la memoria de su rey, y estaban dispuestos á respetar los derechos hereditarios de su familia. Pero la Macedonia era incapaz de mantener la monarquía en medio del conflicto de las pasiones rivales; dió á la Grecia el grande hombre que debia extender su civilización en Oriente; desde este momento su misión habia concluido: no fué ya más que una provincia del imperio que llevaba su nombre.

No deploramos la desmembración de la monarquía de Alejandro. Es verdad que el mundo antiguo estaba destinado á sufrir una dominación que puede llamarse universal, puesto que comprendía una gran parte de la tierra conocida en la antigüedad. Pero los Griegos no tenian el genio necesario para esta grande obra: si habian nacido ya con divisiones entre sí, ¿cómo habian de poder establecer la unidad? Permanecieron fieles á su misión hasta en las interminables guerras que despedazaron la herencia de Alejandro. ¿Cuál fué el destino de los vencidos en estas incesantes revoluciones? Se dejaron llevar de la corriente de los aconteci-

mientos; encontraban ventaja en someterse á los generales de Alejandro, cuyo régimen, aunque duro, era infinitamente preferible al de los sátrapas (1). Y aún, si hubiese habido una civilización progresiva entre los vencidos, sería de deplorar la conquista y la caída de las nacionalidades; pero la raza zenda, las poblaciones del Asia Occidental y del Egipto, que formaron los núcleos de los nuevos reinos, estaban en plena decadencia. La caída de los Persas habia sido tan completa, que su inmenso imperio no se sostenia más que por la fuerza de inercia y por el apoyo de los Griegos. El único elemento de civilización que contenia, la religión, se habia corrompido al contacto del despotismo asiático en lugar de regenerarlo. Presa de revoluciones permanentes, el Asia Occidental no pedia más que un amo: aceptaba con gusto la paz que le imponia el vencedor. Ni aún puede decirse que pagaba este beneficio con su libertad, porque hacia largo tiempo que pasaba de una dominación á otra y no sabia ya lo que era independencia. El Egipto gozaba de una antigua gloria; pero sucedió á la cultura del Egipto lo que á todas las que brillaron en el Oriente: se extinguió en la inmovilidad bajo la funesta influencia de la teocracia. Los pueblos del Oriente no tenian que dar á la humanidad más herencia que sus doctrinas. Esta mezcla de los antiguos dogmas iba á efectuarse en medio de las convulsiones que acompañaron á la desmembración de la monarquía macedónica. Así el interés del porvenir estaba conforme con las pasiones de los Griegos en dividir el imperio de Alejandro. Hubo tentativas de unidad; pero, inspiradas por una ambición que no estaba en relación con el genio, fracasaron y no hicieron más que aumentar el caos sangriento en que se debatian tantas ambiciones.

§ II.—Derecho de guerra.

Quando se piensa en las pasiones brutales de los hombres que se disputaron con tanto encarnizamiento los despojos del imperio ma-

(1) JEAN DE MÜLLER dice que los pueblos debian ser más felices bajo reyes hereditarios que bajo aquella multitud de sátrapas cuya avidez crecia en razon

cedónico, se debe esperar que la guerra sea más cruel que nunca. *Plutarco* ha pintado con vivos colores la aspereza de los pretendientes: «Ni el mar, ni las montañas, ni los desiertos podían limitar sus deseos; la guerra y la paz no eran más que palabras de que se servían en su interés como de una moneda corriente; disfrazaban con el nombre de amistad el sueño y la inacción momentánea de su injusticia; la máxima que inspiraba su conducta era que «el que mejor entendía sus asuntos era el que menos consultaba el derecho» (1). Se profesaba abiertamente el derecho del más fuerte. Un sofista leía á Antígono un libro sobre la justicia: «Tú eres un necio, le dijo el viejo rey, al venir á hablarme de justicia á mí que tengo por oficio el apoderarme de las ciudades de otro» (2).

Estas malas pasiones, sembradas en medio del mundo oriental, tomaron un carácter de ferocidad que hasta entonces había sido extraño á la raza helénica. El hierro y el veneno eran en los serrillos de Asia los medios ordinarios para desembarazarse de los miembros de las familias reales que podían inspirar alguna inquietud al déspota reinante. Diríase que los sucesores de Alejandro, olvidando su desprecio hácia los Persas, se dedicaron á imitar lo más detestable de sus costumbres: unida la barbarie macedónica á la crueldad asiática, viéronse en Grecia crímenes hasta entonces no conocidos. Para completar la semejanza, una reina dió en algún modo el ejemplo del asesinato. Olimpias es la Parisatis de la Grecia. Puede leerse en *Diodoro* el detalle de sus crímenes (3). No citaremos más que uno. La costumbre de encerrar á los hombres en cajas, como á animales feroces, pasó del Oriente á Grecia. Olimpias sometió á este suplicio al hermano de Alejandro y á su mujer. Como se indignasen los Macedonios de que se tratase así á su rey, Olimpias hizo que los Tracios le diesen de puñaladas; después envió á su viuda Eurídice una espada, una cuerda y cicuta. Toda la familia de Alejandro murió de muerte violenta. Los pretendientes compitieron en crímenes para obtener la dignidad real,

de lo instable de su poder (*Hist. univ.*, IV, 18). Comp. *DROYSEN*, *Geschichte des Hellenismus*, t. I, p. 55 y sig.

(1) *PLUTARCH.*, *Pyrrh.*, 12.

(2) *IBID.*, *de Alex. Fort.*, I, 9.

(3) *DIODOR.*, XIX, 11.—*C. JUSTIN.*, XIV, 6.

objeto de su ambición. Muertes de hijos, de madres, de mujeres, mancharon las dinastías macedónicas. Los fratricidios llegaron á ser cosa corriente: Antígono se jactaba de que no temía á su hijo, y le dejaba aproximarse á su persona con armas (1). Casi todos los generales de Alejandro tuvieron la suerte de la familia de su rey. ¡Felices los que cayeron en los combates! Otros fueron muertos por sus soldados. Al que tenía más puras intenciones le tocó la suerte más desgraciada: Eumenes fué vendido por su ejército á Antígono y condenado á muerte por el que había sido su amigo. Dícese que invocó la venganza de los dioses sobre los perjuros (2). La maldición se cumplió: pocos veteranos macedonios se libraron de los campos de batalla del Asia, del África y de la Europa.

Así la muerte violenta arrebató generaciones enteras, desde la familia del conquistador hasta el último de sus soldados. Sin embargo, cosa admirable, en medio de los crímenes que manchan á los pretendientes y á las familias reales salidas de su seno, el derecho de guerra no se hace más cruel; por el contrario, más bien se dulcifica. Diríase que hay sobre los sucesores de Alejandro como un reflejo de su genio humano. Los Griegos habían deliberado acerca de si la ciudad de Minerva debía desaparecer del suelo de la Grecia. Los generales macedonios se apoderaron en varias ocasiones de Atenas y la trataron siempre con humanidad (3). El vencedor de Tebas tuvo la debilidad de ceder á las malas pasiones de los Helenos. Casandro reunió á todos los Tebanos que se habían librado de los desastres de su patria y los invitó á restaurarla. Varias ciudades tomaron parte en esta obra de reparación (4). Epaminondas fué el primero que dió el ejemplo de llamar á la vida una nacionalidad que los Griegos habían destruido; los sucesores de Alejandro siguieron caminando por esta vía de equidad (5).

(1) *DIODOR.*, XIX, 105.—*PLUTARCH.*, *Demetr.*, 3.

(2) *PLUTARCH.*, *Eumen.*, 16-19.—*JUSTIN.*, XIV, 4.

(3) *DIODOR.*, XVIII, 18, 74.

(4) *IBID.*, XIX, 53, 54.

(5) Es preciso leer en *POLIBIO* (v. 88-90) con qué magnífica generosidad acudieron Ptolomeo, Antígono y Selenco al socorro de la ciudad de Rodas, destruida por un temblor de tierra. Las ciudades rivalizaron con los reyes. El historiador

Entre los sucesores del héroe macedonio hay uno que merecía serle comparado si sus desenfrenos no manchasen sus brillantes cualidades. Demetrio es al ménos digno del título glorioso de sucesor de Alejandro por su humanidad, que no fué en él un cálculo, sino la inspiración de una alma generosa. Joven todavía y sin experiencia, hizo sus primeras armas contra Tolomeo, «viejo atleta, salido del gimnasio de Alejandro.» Vencido en Gaza, perdió sus tiendas, su dinero, sus equipajes; el vencedor se los devolvió con aquellos de sus amigos que habían sido cogidos en la batalla, y le envió este recado lleno de dulzura y de bondad: «La gloria y el imperio, no los demás bienes, deben ser entre nosotros el objeto de la guerra» (1). Demetrio, dice su biógrafo, al recibir este favor, rogó á los dioses que no le permitiesen ser deudor por mucho tiempo de tan gran deuda. Un lugarteniente de Tolomeo le proporcionó bien pronto ocasión. Demetrio se apoderó de su campo y de su persona y cogió un botín inmenso; envió á Tolomeo su general y todos sus amigos colmados de presentes. Esta rivalidad de buen proceder pareció tan extraordinaria á un historiador latino que exclamó: «Reinaba en las guerras de entónces más magnanimidad que en las amistades de hoy» (2).

Respecto de los Griegos, la conducta de Demetrio fué admirable. Los sucesores de Alejandro engañaron á su vez la credulidad de los Helenos, prometiéndoles la libertad para convertirla en un instrumento de su ambición. Antígono no tuvo sin duda otro objeto cuando ordenó á su hijo que diese libertad á la Grecia, pero el joven tomó en serio su misión. A él debe aplicarse lo que *Plutarco* dice de esta santa expedición: «Jamás ha emprendido ningún rey guerra más honrosa ni más justa; todas las riquezas que habían amontonado robando á los Bárbaros las emplearon para dar la libertad á los Griegos, sin otra mira más que el honor y la gloria que debía resultarles de ello» (3). Sabidos son qué excesivos testimonios de reconocimiento prodigaron los Atenienses á

griego declara que la munificencia de los príncipes de su tiempo parece mezquina en comparación de sus prodigalidades verdaderamente régias.

(1) PLUTARCH., *Demetr.*, 5.—C. JUSTIN., xv, 1.—DIODOR., xix 85.

(2) IBID., *Demetr.*, 6.—JUSTIN., xv, 2.

(3) IBID., *Demetr.*, 8.

Antígono y á su hijo; pero cuando Demetrio, vencido por los generales coaligados contra él, se vió obligado á huir con los restos de su ejército, olvidaron los decretos por los que le habían deificado, y se negaron á recibirle. La ingratitud del pueblo llenó á Demetrio de dolor y de indignación. Los Atenienses, obligados á entregarse á aquel á quien habían ofendido tan cruelmente, ni esperaban ni merecían gracia alguna; sin embargo, el generoso vencedor los perdonó y les hizo repartir cien mil medimnos de trigo (1). *Plutarco* refiere á este propósito (2) un hecho que caracteriza á los vencidos y al vencedor. Demetrio había cometido un barbarismo en su discurso; uno de los oyentes lo hizo notar: «Por esta lección, añadió el orador, os regalo cinco mil medimnos más.» Demetrio mostró en todo el trascurso de la guerra la misma humanidad (3). Citarémos un rasgo que muestra el amor á las artes unido á la humanidad. Durante el largo sitio de Rodas se apoderaron los Rodios de una nave que conducía cartas, tapices y vestiduras que le enviaba la mujer de Demetrio; no imitando la conducta delicada de los Atenienses hácia Filipo, enviáronselo todo á Tolomeo. Demetrio se vengó noblemente. Un pintor célebre pintaba un cuadro en un arrabal; Demetrio se apoderó de él, y se llevó el cuadro. Los Rodios le enviaron un heraldo para suplicarle que no destruyese una obra que fué la admiración de Apéles. «Antes quemaría todos los retratos de mi padre, respondió Demetrio, que esta obra maestra.»

§ III.—Propagación del helenismo.

N.º 1.—El helenismo en Egipto.

Al lado de estos rasgos de humanidad, que honrarian á un vencedor cristiano, podríamos presentar más de un ejemplo de crueldad. El derecho de guerra de los antiguos no podía modificarse

(1) PLUTARCH., *Demetr.*, 34.

(2) IBID., *Apophthegm. Reg.*, *Demetr.*, núm. 2.

(3) IBID., *Demetr.*, 22, 40.

profundamente por la acción individual de algunos hombres generosos; faltábales el sentimiento y la idea de la unidad humana. Las conquistas de Alejandro y las guerras de sus sucesores fueron, en los designios de la Providencia, una preparación á la unidad futura.

El Egipto sacerdotal sirve de transición entre el Oriente y el Occidente; después de helenizado, sirvió igualmente de lazo entre ambos mundos. Dicese que los sucesores de Alejandro se disputaron los restos mortales del héroe; los Tolomeos se apoderaron de ellos y los depositaron en su capital. Es el símbolo de la misión del Egipto; heredó la obra civilizadora que promovió Alejandro. El conquistador mezcló los pueblos; las ideas se mezclaron en Alejandría (1). Se ha elogiado y deprimido alternativamente la influencia de los Tolomeos sobre la última edad de la civilización helénica. Es verdad que la literatura alejandrina no tiene vida propia; consiste más bien en trabajos de erudición y de crítica, en los que en vano se buscarían la inspiración del poeta, la independencia del historiador, el genio creador del filósofo. Un sabio académico atribuye esta decadencia intelectual al servilismo, consecuencia de la protección real (2). Es cierto que el favor de los reyes más bien sostiene la medianía que desarrolla el genio; sin embargo, no creemos que la decadencia del espíritu griego deba imputarse á esta causa; había producido ya todo cuanto debía dar á la humanidad. El tiempo de la originalidad había pasado; la misión de los últimos siglos de la antigüedad no era ya literaria sino social; tratábase de extender por el Oriente los frutos de la cultura griega y de hacer conocer al Occidente los dogmas de las religiones asiáticas. Esta fusión de razas y de civilizaciones tuvo lugar principalmente en Egipto.

Antes de las conquistas de los Persas y de los Griegos había ya Judíos en Egipto. Tal vez quedasen de la época de los patriarcas. Más tarde las guerras que los últimos Faraones hicieron en el Asia occidental produjeron las relaciones entre ambos países. *Isaías*

(1) P. LEROUX, en la *Encyclopedia nueva*, en la palabra *Alejandrinos*.

(2) LETRONNE, *Recopilación de las inscripciones griegas y latinas del Egipto*, t. I, p. 363 y sig.

predijo la vuelta de los hijos de Israel establecidos en Mizraim. *Jeremías* acabó allí sus días; se ve por sus profecías que había un gran número de Judíos en Egipto (1). Alejandro y los Tolomeos no hicieron, pues, al trasportar Judíos al valle del Nilo más que seguir una corriente que tiene su origen en la más remota antigüedad. En tiempo de Augusto, la población de origen hebraico ascendía á más de un millon. Los Griegos estaban igualmente establecidos allí ántes de la conquista; llegaron en gran número cuando los Tolomeos convirtieron la herencia de los Faraones en una Grecia africana. El contacto de las dos razas, por largo tiempo hostiles, del Oriente y del Occidente, debía modificar sus sentimientos y sus ideas; pero la revolución se hizo insensiblemente. A pesar del lazo de parentesco que existía entre la filosofía helénica y las religiones orientales, su desenvolvimiento en circunstancias físicas y políticas diferentes había alejado una de otra á aquellas dos ramas de la familia humana; fué precisa una larga coexistencia para verificar una unión fecunda. Aun cuando el *Serapeum* se elevase al lado del *Museo*, el sacerdote egipcio no tuvo relación alguna con los sacerdotes de las Musas. Las costumbres religiosas de la nación eran una causa de separación y casi de hostilidad. El Egipto había conservado un resto de horror hácia todo lo extranjero (2). Por su parte, los Griegos, orgullosos con su brillante civilización hacían poco caso de la sabiduría extranjera; trasplantados á Alejandría, se limitaron por mucho tiempo á la enseñanza de sus grandes maestros.

Sin embargo, la política de los Tolomeos tendía á hacer penetrar el helenismo hasta en la religión exclusiva de los Egipcios.

(1) ISAÍAS, XI, 11.—JEREMÍAS, XLII y sig.

(2) Los poetas cómicos hicieron notar la oposición que existía entre los Griegos y los Egipcios. «Yo no puedo ser vuestro compañero de armas, dice un personaje de *Anaxandrides* á los Egipcios, no tenemos las mismas costumbres, ni las mismas leyes; nos separa una profunda diferencia. Tú adoras al buey, yo lo sacrifico á los dioses; tú colocas á la anguila entre tus divinidades más sagradas, nosotros la apreciamos como el mejor de los alimentos. Tú no comes la carne de cerdo que hace mis delicias. Tú adoras al perro, yo le pego cuando le encuentro comiéndose la tajada ántes que su amo.... Si sucede algún accidente á un gato, tú te lamentas; yo me divierto en matarlo y en desollarlo....» Este fragmento ha sido conservado por ATHENEO, VII, 55; encuéntrense allí pasajes semejantes de ATÍPHANES y de TIMOCLES.